

# José Santos González Vera

# Alhué



ALHUÉ

© SUCESIÓN JOSÉ SANTOS GONZÁLEZ VERA  
UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
COLECCIÓN DE LIBROS ELECTRÓNICOS  
SERIE: LITERATURA CHILENA

DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO:  
OSCAR E. AGUILERA F.  
PROGRAMA DE COMUNICACIÓN E INFORMÁTICA  
© 1997

Esta versión electrónica se ha publicado con fines educacionales y de difusión de la literatura chilena. Se prohíbe su venta o cualquier tipo de comercialización. Se autoriza su reproducción con fines educacionales previa solicitud de permiso de la Facultad de Ciencias Sociales. Contactarse con editor [oaguiler@abello.dic.uchile.cl](mailto:oaguiler@abello.dic.uchile.cl)

*Perdidos entre la muchedumbre extranjera  
viven dos chilenos:  
Horacio Hevia y Carlos Vicuña.  
A ellos dedico estas páginas. 1928*

## LEYENDA

*A la doctora María Elena González-Vera*

**N**ací en la trastienda de un negocio de menestras. . . Mis progenitores vivían entonces en Alicura, pequeño y viejo pueblo del sur, fundado en las postrimerías de la Conquista por padres franciscanos.

El negocio, ¡qué diverso hubiera sido el porvenir!, no duró muchos años, porque mi señor padre poseyó en demasía el talento de olvidar a sus deudores.

Esa virtud hidalguísima le obligó a trasladarse a la capital, en donde, para asegurarnos el sustento, tuvo que enseñar las primeras letras a los guardianes de una comisaría.

Mientras tanto, iba yo cumpliendo tres años. El mundo debió parecerme, si en esa edad es posible un rudimento de juicio, una gran noche rumorosa.

En la vida de cualquier hombre, los primeros seis años existen para los demás. Aunque uno se torture, no logrará aislar ningún recuerdo de esa etapa de la infancia. Se salta de la oscuridad a la vida consciente con los sentidos en letargo.

Mi existencia real comienza en Alhué, pueblo donde mi padre desempeñó un mísero cargo burocrático.

# PERSPECTIVA

*A Rosa Alicia Morel*

La propia niñez, cuando se ha dado la primera vuelta a la vida, es algo increíble. Se concibe que los demás hayan sido niños, porque en los demás todo es verificable y lógico. En uno, los años inútiles se borran.

Si alguna vez mi pensamiento se curva hacia el recuerdo y trato de verme en mi primera edad, sólo consigo desenmarañar tres o cuatro hechos significativos, pero insuficientes para restablecer el sentido de mi carácter.

En un pueblo donde para vivir no es menester el esfuerzo, ni nadie se pregunta para qué vive ni la inquietud halla albergue, es imposible formarse un perfil.

Quizás optara uno por ser el mismo, si le fuese permitido renacer; pero, seguramente, no querría pasar su infancia en una aldea, porque el espíritu que ahí se plasma es anodino, indefinido y lento.

Dentro de las ciudades, la vida es dramática y culminante: florecen las grandes pasiones, se suceden los hechos heroicos y el misticismo, última razón de vida, puede asilarse en millares de almas.

También los campos, los campos en que la naturaleza conserva su iniciativa salvaje, pueden aureolar de dignidad la existencia del hombre: allí el instinto alcanza todo su esplendor y la vida se define a cada instante.

Pero en los pueblos, lo que nace con color se descolora. Y no surge ningún impulso, porque existe modelo para todos los actos.

En Alhué nadie tenía idea del porvenir. Los días no traían angustias, pero tampoco eran portadores de mensajes alegres. Llegaban y se extinguían sin ningún suceso. Y los meses, por su índole más abstracta y arbitraria, se hubiera creído que transcurrían de noche.

Frecuentemente, cuando un sujeto necesitaba escribir alguna carta, podía oírse esta pregunta:

—¿Todavía estamos en tal año?

La existencia era tediosa. Los muchachos, después de prolongada infancia, convertíanse en hombres y un día cualquiera ya eran viejos. Los viejos, que ya lo eran desde veinte años atrás, aunque fuese evolucionando el color de sus barbas, seguían tomando el sol y presenciando el nacimiento de otros y otros.

Bajo idéntica norma estaban las mujeres. Eran frescas y silenciosas durante la soltería; pero apenas se sometían a la potestad del hombre, adiós formas y adiós silencio.

Aunque no era forzoso conducirse de tal o cual manera, nadie se desviaba una pulgada de la ruta abierta por los ya sepultados.

Se heredaban y traspasaban los oficios sin más caudal que el recibido. Y los hábitos también. Cuando el padre era alcohólico, inevitablemente se convertía el hijo en bebedor.

Las familias pobres mantenían su situación con extraña fidelidad. Sin que fuese menester testarlo, sus continuadores habitaban la misma casa ruinosa, vestían iguales harapos y sufrían parecidas vicisitudes.

Durante las sequías aumentaba el sopor. La vida era una siesta continuada. Los comerciantes y los artesanos se tornaban idiotas. La gente joven partía entonces a la ciudad. Ellas para la cocina de las grandes casas; ellos a dar vuelta la rueda de cualquier máquina, en no importa qué fábrica.

Allí, en la sede del humo, la bocina y la existencia fácil, dejaban rotos los velos de todos sus sentidos.

Y cuando retornaban a sus hogares, agotada la primera alegría, veían a sus padres pequeños como insectos. Y éstos, aunque estuvieran entontecidos por la pereza y la vida animal, no dejaban de comprender que entre ellos y sus hijos el lazo familiar desaparecería inexorablemente.



## CREPUSCULO

La primera casa que habitamos, de fisonomía vagamente española, era demasiado grande. Al término de sus cuartos, un patio perennemente musgoso, y siempre abandonado, la separaba de la arboleda.

En la vastedad de ese albergue yerto, incommovible, conocí todos los matices de la desesperación. Deseaba arrancar, trepar a los árboles, gritar multitud de palabras, oír otra voz. Después, el aburrimiento roía mis deseos, aplastaba mi cuerpo y dejábame a tono con el ambiente.

Pero apenas el sol se hastiaba de estar sobre el pueblo y la sombra flotaba libre en la atmósfera, la alegría corría por las calles y golpeaba en nuestra puerta. Los vecinos sacaban pisos a la acera y aguardaban la hora de cenar.

Las sombras iban amalgamándose por sobre las techumbres. Luego descendían circularmente y el pueblo quedaba encerrado, sin ninguna conexión con el mundo. Durante un rato nos rodeaba el vacío. Desde más allá corría una voz. Un galope leve. Despertaba una luz, otra más y una tercera. Sobre su viejo caballo, pasaba el farolero de Alhué.

En la esquina inmediata estaba el almacén «El Tropezón»... Una recia vara,alzada sobre la cuneta, servía a los campesinos para atar sus caballos y topear en los días festivos.

También el despachero aguardaba la noche. Apoyado en su mostrador, miraba hacia la calle fijamente, con sus sentidos en tensión. Apenas la penumbra llegaba a su umbral, encendía las cuatro lámparas del negocio.

Los peones de los fundos circundantes entraban a humedecer sus gargantas insoladas. La calle se

llenaba de palabras, risotadas y gritos.

Gimiendo sobre las ruedas cansadas solían pasar algunas carretas. Sus astrosos conductores, perdidos en la oscuridad y subordinados al lentísimo tranco de los bueyes, iban cantando tonadas de enervante monotonía.

Poco antes de la queda llegaba a nuestra puerta un viejo trajeado de negro, feble, enjuto y de bondadosa barba amarillenta. A menudo dejaba entre mis manos un paquetito con frutas secas.





## HOMBRE TRISTE

*Al Venaduquito*

**D**e día, el almacén «El Tropezón» tenía escaso movimiento. Entraban algunas personas antes del desayuno y cerca del almuerzo. En las restantes horas no había sino tierra y soledad.

Su dueño, don Nazario, sudaba angustia, porque aborrecía el silencio y carecía de iniciativa interior. Quizás le hubiera convenido más abrir una cantina en la ciudad; pero tampoco podía sufrir una situación nueva. Todo lo desconocido le horrorizaba.

Don Nazario era altísimo... De sus hombros, ya un tanto cansados, nacía el cuello. Y sobre éste gravitaba su pequeña cabeza. Y del rostro, más reducido aún, caía, sin desprenderse, una enorme nariz.

Era serio, perezoso, monosilábico. Desde la mañana mordía su vieja pipa y tranqueaba por la acera sin alejarse mucho de su almacén.

Le gustaba que los demás hablaran. Los charlatanes le inspiraban respeto. La posibilidad de asociar muchas palabras maravillábalo. Tal vez entendía las palabras, pero en sus relaciones con los demás no emitía más de cuatro.

Su frase de ceremonia era ésta:

—¡Ah! sí, como no.

De ordinario bastábale la mitad.

Nadie pudo superarle nunca en su buen uso. Cuando recibía una proposición de crédito, para indicar que lo resistía un poco, pero que cedía por rara deferencia, profería un pensativo «Aaaa.. . sí». Y si le contaban algo próximo a lo inverosímil, su comentario era «¿Ah . . . sí?». Variaba la expresión si el visitante le interrogaba sobre la marcha del negocio. La fórmula exacta concretábase «Así-así . . .». Y bastaba. La elocuencia estaba en sus manos de larguísimos dedos.

Su mujer no aparecía en el mostrador casi nunca. Tenía el esqueleto muy escondido entre las carnes y el malhumor a flor de piel; pero tampoco hablaba. En su mímica cotidiana expresaba tanto la alegría como el disgusto.

Y, preciso es reconocerlo, en el mutismo residía la desventura conyugal.

Don Nazario, a pesar de hallarse tan cerca del cielo, era hombre melancólico. Nunca le abandonaba esa especie de tristeza carnal que vive y permanece en quien no ha conocido más mujer que la propia. Solía aventurarse por la casa de las viudas; pero era tan grande, tan mudo. Se asemejaba más a un árbol que a un hombre . . . ¡Y Dios sabe que las mujeres son seres poco silvestres! Luego, no sabía decir esas palabras mágicas que afiebran la piel. Todo el deseo concentrábase en sus ojos de brasa; pero su inmenso esqueleto, aislador de toda posibilidad romántica, ahuyentaba a las más valientes. Estaba condenado al abrazo frío de su mujer, de su mujer de tantos años.

En su condenada vida de almacenero no tenía más placer que el de oír. Sus alargadas orejas enfocaban los ruidos lejanos con claridad perfecta. Sabía cuando el caudal del río era mayor y percibía el traque traque del tren mucho antes que llegara a la estación. De noche, escuchaba con éxtasis la plática de los peones.



## MI PADRE

*A María Marchant Riquelme*

**M**i padre comenzó a existir de improviso. Un día le vi junto a la casa montado en hermoso caballo. Nunca supe si era buen jinete; pero en ese instante, su actitud impresionaba. Sentíase alegre, seguro de sí mismo. Parecía un caballero de estampa.

Era mi padre un hombre casi alto, blanco, de grandes ojos llameantes. Su traje negro le hacía aparecer semidelgado. Generalmente su aspecto lindaba en la severidad; pero cuando conversaba, solía reír con una risa lenta, continuada y loca que lo transformaba en absoluto.

Hablaba con mucha seguridad y su voz iba de un tono a otro como si dentro de sí fueran varios los que hablasen.

A veces, cuando su voz se mantenía unitonal, sus oyentes recibían la sensación de estar percibiendo una voz lejana.

Estaba como acorazado en una preocupación constante, particularísima, suya sólo por lo inasible que resultaba a los demás.

En su espíritu, el horizonte no estaba para el mismo lado que en el espíritu de la gente común. Y si esto que vislumbro ahora, a través de los recuerdos, tiene médula de verdad, el haber vivido como vivía la gente común fue un sacrificio absurdo e imperdonable, porque a hombres como él no los forja el destino para la preocupación familiar ni el afán burocrático, sino para la aventura, lo extraordinario y las grandes atmósferas.

Conversando se animaba en extremo. Cuanto narraba parecía formar parte de su propia historia. Iba diciendo las palabras en el tono menor de la voz firme. Los detalles tenían la vivacidad de lo experimentado. Se alzaba voluminosamente el paisaje, y los hombres, vigorosos o entecos, se agitaban en sus palabras y llegaban a un término alegre o triste.

Las viejas historias, los caminos polvorientos, las caballerías piafantes y los hombres de más diversas condiciones entraban y salían por sus palabras. Y con qué inteligente abandono sabía intercalar una pausa entre una frase y otra.

Cuando su voz se extinguía, la pieza quedaba muerta. Era como el despertar después de un maravilloso sueño.

Pero su cordialidad real terminaba junto con sus narraciones. Nunca supe de alguien que le tuteara o aventurase en su presencia una familiaridad.

A pesar de sus maneras amables y de su natural espontaneidad, sus oyentes no podían estar sino en el plano inmediato. Eran como buenos niños que no debían recibirlo todo. Por hábito natural mantenía sus relaciones en la nota más fina. Era avaro de sí mismo. Ni dentro de las paredes de nuestra casa caía en la prodigalidad. Se sumía en un silencio alegre. Vivía sin esfuerzo, sin continuidad, esperando un acontecimiento. Nosotros presentíamos que cuando eso llegara, su actuación lánguida y provisional se haría segura y brillante.

Mi madre sentía por él un emocionado respeto, que le impidió siempre emplear el tú en vez del usted.

Durante muchos años debí parecerle algo así como un arbusto. Me miraba de modo particularísimo y no me nombraba jamás, pero cuando cumplí diez años me asoció a una tarea original.

Una noche me hizo sentarme ante su mesa de trabajo. Tomé la pluma, la humedecí y escribí. El recorría la habitación paso a paso, se detenía, miraba los muros y dictaba. Yo escribía con cuidado excesivo, temeroso de causarle enfado. En mi subconsciente iba penetrando el relato.

Un pequeño propietario, hombre seguramente de estatura elevada, frente convexa, muy franco y muy aficionado al valor, era el personaje fundamental.

Este campesino tenía un hijo enjuto, moreno y silencioso; pero desconocía su temple.

El trigo había sido llevado a una era algo distante. Se estaba casi en vísperas de la trilla. La luna vertía su anchísima mirada sobre el campo recién segado.

—Andate a dormir a la era— ordenó el campesino— y ten cuidado con los animales y los mañosos.

Sin responder, el guaina se echó la manta sobre los hombros y tomó el camino de la era. Llegó, recorrió el contorno. No descubrió merodeadores ni animales sueltos. La luna estaba quieta allá en el cielo. Sentóse junto a la montaña de espigas y estuvo largo rato mirando plácidamente, sin memoria, sin deseos, inexistente como una brizna. Después adquirió conciencia de su soledad y cantó un poco a la sordina todas las tonadas que pudo recordar. Apenas le dio sueño, hizo un hueco entre las espigas, se cubrió con su manta y durmió. Pero avanzada la noche, tuvo un despertar súbito.

Una figura informe, blanca, fantasmal, venía aproximándose. El muchacho se irguió con un garrote en la mano y dando un salto desmesurado cayó sobre la cosa blanca y la golpeó hasta tumbarla; pero un grito paralizó su brazo.

—¡Déjame, déjame, que soy tu padre!

Sorprendido, desconcertado por el desenlace que había tenido la farsa de su padre, se fue llorando en busca de gente.

Ayudado por un peón cargó al viejo sobre improvisadas angarillas y se lo llevó a la casa.

Quedó el final de esta relación en el más brusco misterio. ¿Qué suerte tuvieron los personajes? ¿Sobrevivió el viejo a la paliza? ¿Qué hizo el muchacho después?

Mi letra informe y mi ortografía fantástica causaron en mi padre espantosa decepción. Me despidió con un terrible:

—¡Lárgate!

Ese fracaso cortó de raíz nuestras nacientes relaciones. No me volvió a mirar. Aunque me ponía al alcance de su vista, su mirada estaba siempre más allá de mí.

Esto, sin embargo, también me indemnizaba Gozaba de mucha libertad, recorría el pueblo, me empapaba de novedades.

Mi padre almorzaba en su cuarto y comía ahí mismo. Durante las horas del almuerzo leía El Ferrocarril, línea tras línea, sin desdeñar ni siquiera los avisos.

Desde la habitación contigua donde me instalaba para espiarlo, veíale mirar el diario con abrumadora fijeza. Las letras saltaban de la página a sus ojos. Cuando llegaba al pie de imprenta, se levantaba. No se iba sino después de haber cepillado su ropa con la más reposada parsimonia. Mi madre lo acompañaba hasta la puerta.



## ASESINATO

El viejo de la barba amarillenta, que vivía en un caserón antiguo ubicado al final de nuestra calle, sin quererlo, ¡buen viejo!, no pudo venir a vernos más.

Iba muriendo como la última llama de una hoguera. Vivía sin daño de nadie. Naturalmente habría fallecido en muy pocos años y su muerte no hubiera sido motivo de remordimiento para ninguno de sus semejantes; pero dos hombres forasteros, en la misma noche que lo vimos, entraron en la pieza donde dormía y golpearon su cabeza con una piedra enorme.

Abrieron luego los cajones, registraron las paredes, el techo, el piso, el lecho ensangrentado y robaron cualquier cosa. Siempre lo ajeno vale algo.

Los vecinos sepultaron al difunto. Y el viejo Aliste, antes de cubrirlo con tierra, dejó caer unas lágrimas sobre la pobre madera de su ataúd.

Este hecho fue como trasladar el infierno al pueblo. Todas las costumbres se rompieron, las almas sufrieron un vuelco y la atmósfera se llenó de pensamientos espeluznantes.

Unos guardaron cama y gustaron en abundancia las empolvadas drogas del boticario; otros adquirieron excelentes carabinas; no pocos se hicieron devotos. Los solterones más empedernidos fueron con una mujer a la iglesia. Y los ricachos, después de asegurar que en Alhué nadie tendría paz en su vida, huyeron a no se sabe dónde.

En Alhué la muerte era abstracción y el asesinato leyenda extranjera; pero desde ese instante los mozalbetes y los ancianos comprendieron que la muerte latía en cada minuto y experimentaron cierta vergüenza por sus vidas y su despreocupación. Y hasta en los espíritus más silvestres se hizo un hueco para la piedad. Los unos ejercían sobre los otros una vigilancia cariñosa.

Se nubló un poco la alegría de vivir, porque cualquier acto que se realizaba era un acto postrero. Los avaros partían su pan con los mendigos y los que vestían cuidadosamente se pusieron harapos.

El vendaval místico levantó como bandera la pobreza. Este se consagraba a probar que su miseria era casi semejante a la de Diógenes. Ese suspiraba tenuemente regocijado, porque no disponía sino del último almud de trigo. Aquél se trazaba el programa de comer sólo una vez al día. Y los menos originales confiaban en la bondad segura de Dios.

En ese año se llenaron muchas veces las alcancías de la iglesia. Gracias a tal munificencia, en el siguiente las torres estuvieron un metro más cerca del cielo.

## MUDANZA

*A Marta Vergara*

Cuando Alhué iniciaba su vuelta al ayer, mi padre recibió un destino a otro pueblo y partió sin llevarnos.

Entonces mi madre, que, a pesar de su transparente sencillez, no creía indispensable compartir en globo los prejuicios de sus contemporáneos, arrendó parte del caserón que perteneció al viejo asesinado. Esa determinación nos hizo notables por buen tiempo. Era, para los demás, una prueba de audacia y casi un desafío al destino.

Los videntes nos observaban con visible compasión y anunciaban sin preámbulo la proximidad de nuestro fin. Al resto le extrañaba que aún no hubiésemos fenecido; pero como se nos veía vivir, tenían que postergar su involuntaria esperanza para una hora todavía incógnita.

Me sentí cautivo de la nueva vivienda. No era una casa de fachada anodina. Tenía el prestigio hechizante de la edad. En sus ventanucos ciegos, en sus muros desconchados, en su portalón magullado por el tiempo y en su grandeza adusta se evidenciaba un pasado hidalgo.

La puerta era casi un tratado de historia alta, ancha, con las molduras rotas, la base carcomida y el aldabón desfigurado y mohoso; luego el zaguán sombrío y húmedo; después el patio cuadrado, luminoso, con sus corredores de ladrillos rojos, sus pilastras desquiciadas y los oscuros tinajones abandonados aquí y allá desde la última vendimia.

El empedrado del patio, las pilastras y los muros eran como miembros de un cuerpo yacente. Todo estaba dormido.

Siguiendo la espiral de la escalera, se ponía el pie en el segundo piso. Al frente estaba el balcón ensamblado desde donde algún rubio Blumenthal o Lisperguer pudo, antaño, echar una discreta mirada sobre las rucas de Huelén Huala.

Mi espíritu ansioso de emociones me hacía ir y venir por las salas de la casa. Salas con expresión



de rostros soñolientos; retratos de hombres enlevitados que miraban sin reproche ni alegría, rincones en penumbra, puertas con huellas de manos, sillones en espera, armarios repletos de sombra y artefactos sin alma.

Yo miraba con desconfianza. Examinaba el piso, observaba las puertas y tocaba los muros. Con las pupilas del deseo entreveía un subterráneo... Mas, la escalera no aparecía.

En un libro, con láminas y grandes caracteres, supe que los caserones y los castillos de otros países cuentan con un subterráneo lóbrego e indispensable. Allí guardan los amos lo que so pretexto de peaje, quitan a villanos y comerciantes.

Buscaba desde la mañana la puerta invisible. Oprimía las salientes. Iba dando golpes a lo largo de la muralla para comprobar si había alguna variante en el sonido, pues no siempre la entrada tiene forma de puerta. A veces una sección del muro pasa a segundo plano, sube o corre de izquierda a derecha, dejando libre la entrada.

Las paredes me contestaban sordamente, las puertas se me entregaban sumisas, pero el subterráneo se me escurría de las manos, se adentraba en la tierra, e iba quizás dónde. Solía verme en el umbral bajar algunos peldaños, zigzaguear cierto trecho y descubrir cajuelas congestionadas de monedas triangulares, pepitas de oro y alhajas indígenas. Claro que esto era sólo en imaginación.



## VECINOS

El resto del caserón lo habitaba la hija del difunto, su marido y la prole.

Loreto era bajita, delgada, paliducha. Parecía hoja; pero el otoño pasaba sin causarle quebranto. Su enteco organismo poseía una fuerza nerviosa insospechable.

Odiaba la alegría y el ruido. A sus chicos los mantenía, mientras había sol, en el fondo del patio. Se movía lentamente y terminaba sus más variados quehaceres sin quejas ni alharacas. Podía permanecer con los labios remachados un día, dos días y tres también; pero si alguien venía a visitarla, no rehuía participar en una conversación sobre asuntos tristes. Sabía describir enfermedades con sorprendente y extraño vigor. Su tristeza tranquila y continua sacaba de quicio.

Dentro de su sistema, la perfecta salud y la muerte natural eran hechos de la misma naturaleza que los milagros. La gente nacía para enfermarse y sufrir. Su madre quedó en un parto. Su hermana murió anémica, y ahora, su padre, fallecía trágicamente. Veía en este acaecimiento la voluntad de Dios y se conformaba.

Salía del caserón en muy contadas ocasiones. En los ratos desocupados iba del jardín a la viña tomando muestras de diversas yerbas que le parecían buenas para curar tal o cual enfermedad. Las molía en su mortero de piedra, luego las cocía en agua bendita y el caldo resultante lo vaciaba en grandes frascos verdosos.

Cuando sabía de algún enfermo, aunque no lo conociese, se cubría con su manto bordado, llenaba un frasquito de caldo salutífero y piadosamente iba a ofrecérselo. Veía en los seres enfermos el aura de la santidad.

Una que otra vez aparecía en la casa una vecina con su cría en brazos. La guagua estaba con empacho o había sido, aojada. Loreto sacaba del armario su varilla de palqui, y mientras hacía con ella movimientos de gran importancia curativa, iba musitando oraciones simples, aprendidas en los labios

de su abuela, en el distante ayer de su pubertad.

Con yerbas de otra naturaleza preparaba polvos de cierto valor mágico. Servían para aislar determinadas casas en donde los maridos descontentos gustaban pasar largas veladas. Era menester espolvorear las puertas en la primera hora de la medianoche. Hecho esto, las tales mansiones perdían sus más íntimos encantos y los visitantes más asiduos, por razón del sortilegio, no volvían a frecuentarlas.

Gracias a una tía que se fue a vivir con nosotros, y que padecía el más agudo de los reumatismos, Loreto nos honró con su simpatía desde el primer momento. Nos consideraba bonísimos y casi, casi afortunados. En el curso de un mes, por las continuas atenciones que le prodigaba a nuestra tía, ésta parecía objetivamente más tía suya que nuestra.

La buena de Loreto, que en el pueblo tenía un vago prestigio de santa, ensayó en las piernas de nuestra tía las más excelentes yerbas del contorno. A veces las prescribía en forma de emplasto; pero los dolores no cesaban ni se atenuaban. Entonces iba a su farmacia de frascos verdosos, volvía con una toma y se la ofrecía siempre en los mismos cariñosos términos:

—Me dice el corazón que le hará bien.

Mi tía murió a los dos años completamente vegetalizada.

El pueblo atribuyó su muerte a nuestro criminal empeño de permanecer en una casa que, aparte de estar marcada por la desgracia, gozaba fama de ser un albergue de ánimas.

La actitud de Loreto fue muy distinta. Se apegó más todavía a nosotros y nos dio sucesivas pruebas de afecto. Nuestra buena salud no la contrariaba en lo más mínimo.

—Es una felicidad muy grande—nos decía— tener allá en el cielo a alguien que interceda por nosotros.

Tenía sobre el cielo ideas exactas.

Si nos hablaba en invierno, el cielo estaba encima de las densas nubes en que tropieza nuestra mirada. En cambio, si efectuaba su relación en los crepúsculos de verano, había que imaginárselo más allá del círculo azul.

Aseguraba que el cielo es como un inmenso campo. No se ven edificios ni refugios, porque la primavera es permanente. Allí los árboles están cubiertos de flores azuladas, blancas o lilas. El suelo mismo está oculto bajo una alfombra de yerba finísima. De distancia en distancia, cantan los arroyos

como no lo podría hacer el armonio mejor afinado.

El valle sube despacio a una vasta colina. Allí permanece el Señor desde que existe el cielo. Está sentado en imponente trono. Su figura es inmensa. Una figura como sólo puede tenerla Dios. Mira hacia un punto sólo visible para El. Su barba blanquísima se confunde con su túnica. No sonrío; pero su expresión tampoco es adusta.

A su derecha van colocándose los bienaventurados que padecieron en la tierra y murieron de acuerdo con su alta voluntad.

Allí están los albañiles que cayeron del andamio; los palanqueros del tren; los favorecidos con la puñalada del asesino; las mujeres que causaron celos; los cazadores sorprendidos por las fieras; los mendigos que se helaron en los pórticos de las iglesias; los ahogados; los que se acostaron en su lecho y no despertaron. Allí están. Y están un poco sorprendidos, porque el don del Señor les ha llegado inesperadamente. Miran, tratando de descubrir, entre los millares y millares de rostros, los rostros amados. Y cuando los advierten avanzan gozosos.

Más atrás, en actitud tranquila, esperan su turno los que han llegado al cielo legítimamente, por derecho propio. Ahí están en postura dominante centenares de sacerdotes de saludable continente; multitud de solteronas rígidas; hombres que de la vida no conocieron sino las enfermedades; individuos de oscura inteligencia; cuidadores de faros; inquilinos de aire humilde; viejas enmantadas; presidiarios heridos por la injusticia, y tantos más. Su preocupación inmediata es mantenerse a distancia de los que han llegado por casualidad. Forman una casta, la casta de la gente que ha ido derecho a su fin.

Cuando la multitud se ha dispersado en la llanura, el cielo vuelve a su magnífico silencio. Ahora los pobladores de la última morada, ahítos de noticias y restablecidos de las emociones, están bajo la fina mano del éxtasis. No piensan, no desean, no sufren. Se mantienen inertes.

Y así van girando los días, los meses, los años, las épocas. Aludes interminables de tiempo. Quizás el aburrimiento roa el corazón de algunos, pero en los quietos rostros nada es posible leer.

Sin embargo, para el recién llegado hay cierta variación en el yerto panorama. Juegan los niños con las estrellas, los arcángeles consumen leguas y leguas llevando mensajes del Señor. San Pedro, junto a la puerta celestial, se distrae pasándose la llave de una mano a otra. Lejos, un millar de arcángeles ancianos escriben en libros de gran tamaño. Miran hacia abajo y anotan, en una columna los pecados y en otra las buenas acciones.

## LA MORADA DE LAS ÁNIMAS

Apenas sonaban las ocho de la noche, cada uno ganaba su lecho. Y las ánimas abandonaban el suyo para entregarse a movimientos e inquietudes de sentido impenetrable.

En la niñez, los espíritus errantes son algo así como conocidos que no se dejan ver, pero que patentizan su existencia mediante ruidos especiales.

Andan con el mismo paso del pariente muerto; imitan fielmente el golpe de tos que solía darle en el invierno; se quejan con su mismo quejido o modulan alguna palabra que pronunció a menudo.

El espíritu del viejo Albornoz, apenas caía la sombra, se posesionaba de la casa. Desde mi cama le sentía pasar por el corredor, pegado a la pared y cargando más un pie a causa de la cojera que tuvo en vida. Mientras caminaba, iba dando leves golpes en la muralla.

Una vez entró en el comedor y por un rato largo estuvo golpeando el piso con una barreta. Después de cada golpe, exhalaba un suspiro, pero era más frecuente que se consagrara a empujar las tinajas y hacerlas rodar en torno del patio, procurando llevarlas a la viña. Quizás si le asaltaba el deseo de vendimiar. Pero el sendero del viñedo era largo y ya no dominaba la materia.

La impotencia lo desesperaba. Solía entrar en las piezas y abrir más o menos violentamente los muebles. Mas sus búsquedas debían ser infructuosas, porque se iba al dormitorio con el paso irregular del hombre derrotado. En la pieza de abajo dormía Loreto. El ánima del viejo Albornoz, como cuando éste era dueño de un organismo viviente, hacía toda la parodia del hombre que se desviste. Se quitaba el calzado, abría la cama y después dormía. Sin embargo, amanecían las cosas en el mismo estado anterior.

Las mujeres hablaban de las ánimas sin emocionarse. Ni siquiera les temblaba la voz.

Si el extinto concentraba sus ruidos en un determinado lugar, suponían que ahí debía encontrarse el entierro. Y, en consecuencia, era indispensable descubrirlo para que su alma fuese admitida en el cielo.

Creían, con no escaso júbilo, en la posibilidad de hallar una cajuela con onzas de oro. Tal vez Marcó del Pont ocultó su fortuna en alguna parte de la casa, cuando se detuvo en el pueblo a cambiar de cabalgadura para proseguir su fuga a San Antonio.

Loreto casi abandonaba su tristeza pensando en la posible verosimilitud de esa arrebatadora leyenda. Le preocupaba mucho la incierta situación del difunto.

Tristán, marido de Loreto, creía en los entierros como en sí mismo y tenía necesidad absoluta de poner sus manazas en alguno.

Era un hombrón de figura heroica. Su mirada brillante, su roja barba y su ancha voz de bajo causaban impresión en los desconocidos. Cada palabra suya friccionaba. Se expresaba en palabras larguísimas y hablaba como si sus oyentes estuviesen a gran distancia.

Su voz llenaba el patio de sonoridades. Andaba con la escopeta montada en su espalda; pero sólo de tarde en tarde volvía con un par de conejos. En esa circunstancia, a semejanza de los veteranos, contaba prolijamente los incidentes de la cacería, dándole relieve de hazaña.

Cuando el día no era propicio para salir al campo, practicaba excavaciones pacienzudas en los puntos signados por un ruido especial.

Barreteaba con la mayor devoción, sin preocuparse de los kilos que transpiraba en cada jornada. Si por casualidad su chuzo resbalaba produciendo un ruido de tono menos concreto, corría en busca de su mujer, y le anunciaba con voz emocionada y temerosa:

—Loreto... Figúrate... Mi chuzo acaba de topar en algo que suena a hueco. ¿Será...?, por qué no vienes?

Y ambos, igualmente anhelantes, se precipitaban al hoyo.

Tristán se escupía las manos y clavaba la barreta con enconado frenesí.

Loreto, impaciente también, iba retirando la tierra con una pala, sin olvidarse de mascullar cualquier oración eficaz. Cuando suponía que el chuzo horadaba el último obstáculo, decía con voz unciosa:

—Permite, Señor, que lo encontremos. Bien sabes que no nos guía el interés, sino el deseo de ver a nuestro padre en tu santo reino.

Tal vez porque la plegaria llegaba tarde o por cualquier otra razón, la magnífica cajuela hinchada de onzas de oro demoraba en surgir. El objeto misterioso que aparecía ante los agrandados ojos de

Loreto y Tristán era una tabla podrida, un trozo de hierro, un ladrillo.

Apenas evidenciaba la verdad, Loreto tiraba la herramienta y exclamaba con medida indignación: Qué hombre más asuntero...

El asuntero silenciosamente se limpiaba el sudor.

Y el chuzo continuaba hiriendo la tierra.

Mientras desaparecía más y más en el hoyo, y sus brazos alzaban y hundían la barreta, se dejaba engatusar por su interesada fantasía.

¡Ah...! si diera con el arca... Ya se imaginaba el gustazo que tendría. Compraría las tierras colindantes, sembraría, haría una plantación de árboles frutales, acrecentaría la viña y contrataría varios peones. Después enviaría a Santiago lo que cosechase. ¡Esa sí que sería vida!

Podría entonces pasear, hartarse, imponer su voluntad. Su mujer ya no lo trataría como a chiquillo. Y los de su condición no seguirían hablándole familiarmente. Es seguro que no serían capaces de quitarle el «don» cuando tuviesen necesidad de pedirle algo.

Sus ensueños le inmunizaban contra el cansancio, pero a pesar suyo, cuando el patio estaba cubierto de tierra, no podía hacer otra cosa que devolverla al hoyo.

Nadie le quitaba de la cabeza que los espíritus malintencionados cambiaban el entierro de lugar para impedir la liberación del difunto.

Aunque allá en el fondo de su alma la esperanza seguía viviendo, los sucesivos fracasos le causaban indomeñable malestar. Poníase taciturno y tragaba aguardiente sin medida. El alcohol, dios eutrapélico, inducía a empalagar a su mujer con actitudes heroicas y ademanes de terrible apariencia.

Su mujer era demasiado triste para alarmarse. Pero respondía inmediatamente con un hecho. Sin prisa ni entusiasmo y sin ninguna palabra previa, asía un garrote y lo descargaba con mucha seriedad y ritmo sobre el engrasado esqueleto de su hombre.

Tristán se iba al dormitorio a grandes pasos sin protestar ni renovar sus alardes, como si, en escenas semejantes, la paliza fuera el término racional.

## EL PRECEPTOR BIZCO

*A Catalina Talesnik*

**E**n la escuela fue donde conocí, por primera vez, el aspecto brutal de la vida. La escuela parroquial funcionaba en una feísima y vieja casa, compuesta de grandes salas yertas. El patio, aunque extenso, por estar encerrado entre altos muros, era más frío y extraño que las salas. Además estaba como aplastado por la sombra de la iglesia contigua. La fisonomía de ese patio estará siempre fija en mi memoria.

De entonces sólo conservo recuerdos de imágenes. Tal vez nos enseñaban alguna cosa. Era el profesor un sujeto rubio, bizco, de pequeña estatura, gélido completamente. Pisaba con la punta de sus pies y gritaba sin cesar. No sonreía ni por broma. ¡Qué excelente carcelero hubiera sido!

Apenas la campana sonaba, el torturador aparecía en el patio frotándose las manos. Nos formábamos apresuradamente y nos íbamos a la sala temblando por lo que podía suceder.

Le odiábamos con entusiasmo y ejercitábamos nuestros espíritus en desearle las más abominables desgracias; pero el bárbaro estaba siempre en pie, sonrosado, elástico, con una salud desafiante.

Reinaba en la sala silencio lúgubre... Nos mirábamos con mirada piadosa y después extáticos y con el corazón convulso, esperábamos el temido minuto.

El bizco se alisaba su cabellera roja y miraba con detenimiento.

Luego comenzaba a tomar la lección con la cabeza inclinada sobre su cuaderno de notas. Solía toser algo, pero nunca tanto como para que se le comprometiesen los pulmones.

Desventurado era el chiquillo que no había resuelto su tarea. El bizco, sin poner mala cara, pero sin oír tampoco ninguna disculpa, le ordenaba colocarse frente al pizarrón.



La víctima, desde ese instante, empezaba a modular todos los tonos del sollozo. Y nosotros nos sentíamos embargados por la más intolerable de las angustias.

Nuestro torturador abría su escritorio y buscaba. Revolvía los papeles con el abandono del que se encuentra solo; pero cuando hallaba el guante, en su rostro se proyectaba una sombra de agrado.

El penitente, mientras duraba la búsqueda gemía con cierto método. Cuando el tono decrecía y parecía extinguirse, era seguro que en su alma crecía la esperanza de salvarse.

Desde nuestros bancos podíamos seguir con precisión absoluta los movimientos

del profesor. Nuestra unidad psicológica era maravillosa. Si sus ademanes eran medidos, el gemido de la víctima oscilaba en la nota menor y el ritmo de nuestros corazones se normalizaba. Pero si la mano se estiraba con vehemencia hasta el fondo del cajón, el gemido dilataba el pecho del colegial y ganaba espacio sin respeto a ninguna nota intermedia, y nosotros dejábamos de respirar.

Para el bizzo era motivo de bochorno, después del precipitado adelantamiento de sus dedos, no dar con el instrumento. Es cierto que terminaba por imponerse; pero el titubeo le contrariaba.

No sé si por distracción o espíritu de farsa exclamaba en voz alta:

—En fin... el guante ha desaparecido.

Y quedaba pensativo.

El alumno imploraba a su vez:

—Señor... Perdóneme... le juro que...

Regresaba el bizzo de su abstracción dándose con la punta de los dedos en la frente:

—¡Ah . . . pero si ayer lo guardé en el otro cajón!

Cuando se acercaba con el guante, el discípulo chillaba, cerraba los ojos, se retorció. Daba gritos que herían las entrañas. Ocultaba sus manos en la espalda, se hincaba, pedía perdón, se entregaba a todas las manifestaciones de la impotencia. Por desgracia, inútilmente. El bizzo, inmutable y frío, le ordenaba presentar la mano abierta.

Y el guante se alzaba y golpeaba...

Los gritos vibraban en los vidrios, repercutían en los muros del patio y se iban muriendo por las calles desiertas.

## UNA CALLE

Las calles del pueblo eran numerosas y anchas en demasía para el tránsito cotidiano. A la hora del tren se abrían todas las puertas y unas cuantas personas salían con rumbo a la estación. Encontraban no sé qué placer en mirar, a través de las ventanillas, las cabezas desgredadas de los viajeros. Para el pueblo, los hombres del tren formaban la humanidad desconocida, pero latente.

Antes y después, eran inútiles las calles, porque nadie las frecuentaba. Permanecían mudas, desiertas, escondidas. Eran puro paisaje. Y salir al balcón resultaba ocioso.

La nuestra era una calle de gran alma. En toda su extensión no había más de veinte casas; pero los cercos coronados de hojas llegaban hasta donde alcanzaban las miradas y aun superaban esa distancia.

Por el hecho de nacer en la calle principal conservaba en su primera cuadra cierta alineación burguesa: tenía aceras ripiadas y árboles anémicos, empolvados, sin primavera ni pájaros.

Después seguía una jornada de murallones clericales, y de repente la atravesaban los brazos de acero de la vía férrea.

Iba bajando luego, con movimientos ondulantes, hasta el cementerio. Se alzaba a su derecha un bosque de álamos transparentes que favorecía con su sombra a los innumerables ociosos de Alhué. Una muralla de zarzamora alzabase en el flanco izquierdo. Los conejos que ahí tenían su escondrijo, salían al camino y corrían por entre la hierba, y al primer ruido se ocultaban.

Tristán, mientras el sol permanecía, los acechaba desde el frente, medio escondido tras los álamos. Su escopeta tronaba hasta el crepúsculo. Era el fantasma de los conejos.

Solía esparcir trozos de espejo junto a la zarza para que los conejos presentasen blanco fijo. Pero éstos demostraban escasa curiosidad, porque iban y venían locamente sin dejar de zigzaguear.

Tan pronto como la oscuridad deshacía la calle, desaparecían los raros transeúntes. Y hacían bien. A esa hora las parejas que no querían llegar al matrimonio en estado de perfecta inocencia, buscaban el amparo del bosque.

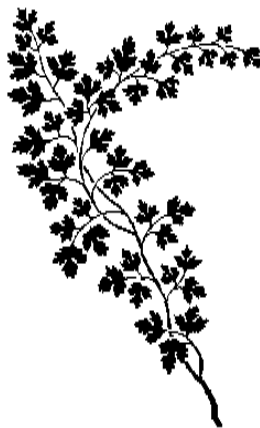
Más allá comenzaba la zona del cementerio. La calle hacía de pronto anchurosa, como si los que por ahí transitaban necesitasen de mayor espacio.

Sin embargo, aparte del asno que poseía el municipio, todos preferían irse por otro camino, porque un cementerio, aunque no tenga en su frontispicio coplas de Manrique, entenebrece las almas.

El asno era el único paseante venturoso. La proximidad de los sepulcros ponía entre él y sus enemigos una muralla de paz. Además, en el contorno sobraba la hierba.

Frente al cementerio tenía su casa el viejo Aliste, sepulturero perpetuo de Alhué, ante quien nacían y morían las gentes, después de haber acabado sus vidas sin asunto.

Desde ahí seguía la calle sin ninguna compañía. Y, aburrída de su propia soledad, se empinaba un tanto y saltaba al río. Este se la llevaba consigo eternamente.



## LA SEMANA DEL SEÑOR

**D**urante el año, las gentes vivían sólo con algunos de sus sentidos. No se conmovían, no se entusiasmaban ni consagraban siquiera un minuto al espíritu; pero apenas llegaba la Semana Santa, las fisonomías más brutales y despreocupadas se metamorfoseaban.

El gran recuerdo, que en el resto del año no generaba ninguna buena acción, bajo el sol de esos seis días encendía todas las almas.

Las mujeres locuaces apretaban los labios, se contenían los golosos, los avaros se apiadaban un poco, retornaban a la amistad los enemigos, rompían sus vasos los ebrios consuetudinarios y todos ende-rezaban su conducta.

El sacrificio de Jesús se rejuvenecía. Todos hablaban como de un hecho ocurrido en el mismo pueblo unos pocos años antes. Y los personajes vinculados al Señor eran citados como si se tratase de vecinos ya muertos.

Jesús era para ellos uno de esos raros patrones bondadosos. En cambio, quienes le entregaron y dieron muerte, eran odiados como enemigos personales.

En Alhué no se sabía que Jesús fue un judío de origen humilde y, sobre todo, un condensador de la doble aversión que los mismos judíos pobres comenzaban a sentir contra la dominación romana y la complicidad de su propia Iglesia.

Los vecinos, y las mujeres más señaladamente, aseguraban que los judíos formaban una casta de sujetos abominables, usados por el Demonio para profanar las cosas sagradas y sembrar el mal.

Loreto decía que estaban diseminados por todos los pueblos y que se valían de mil artimañas para realizar sus atroces deseos. Si alguno tenía negocio, se esforzaba en crearse una clientela de monjas y curas, a fin de eliminarlos mediante el suministro de productos envenenados.

Otros, aparentando la mayor devoción, iban a comulgar y conservaban la hostia entre los labios. Y apenas estaban al amparo de sus casas, la arrojaban al suelo y la ultrajaban pisoteándola.

Existía el recuerdo de uno que la puso a hervir. La hostia sangró y sangró. La sangre rebasó de la

olla. Se extendió por el suelo, ganó los muros y comenzó a subir, a subir... El judío, que inició su tarea con gran regocijo, perdió la cabeza ante tamaño milagro y murió ahogado en la sangre vertida por la hostia.

La onda de misticismo que envolvía a hombres y mujeres permitía gozar a los niños de cuanta libertad querían. Dentro de la semana, nadie les tocaba, aunque lo trastornasen todo.

Empero, cuando causaban a sus madres demasiada irritación, éstas advertíanles en tono piadoso:

—Hagan cuanto quieran; pero no vayan a creer que esta semana es eterna.

Y sabían cumplir sus promesas. Apenas comenzaban los días ordinarios, al primer desliz, los chicos eran azotados con pulso firme y buena voluntad.

Desde la mañana del lunes, la iglesia permanecía abierta. La gente del pueblo, y los núcleos de campesinos que llegaban de los fundos inmediatos, pasaban las horas, de rodillas, rezando incesantemente para lavarse de sus insignificantes pecados.

El cura era la víctima de esa semana, porque, fuera de las misas y sermones, debía recibir la confesión de cuanto majadero había en la aldea.

Se entornaban las puertas al oscurecer y la iluminación quedaba reducida a dos lamparillas verdes, cuyas mortecinas luces se ahogaban en la gran sombra de la nave.

Los penitentes, después de recitar muchas oraciones antiguas, se desabrochaban los vestidos y se azotaban con cierto grave ritmo. El áspero chasquido de las disciplinas alternaba con explosiones de quejidos y lamentos que subían hasta las santas figuras pintadas en el cielo de la iglesia.

Este concierto, místico y espontáneo, nacido en las tinieblas, nos causaba, a los que nos quedábamos en el contorno, una impresión de pesadilla.

Apenas las campanas eran echadas a vuelo para anunciar la resurrección del Señor, se esfumaban las caretas místicas y los rostros volvían a sonreír con la pesada alegría habitual.

El domingo era el día de la venganza. Un día azul que invitaba a irse por el camino del bosque, seguir el sendero ondulante de la montaña, o fundirse en el puro silencio del campo; pero, como era la hora tradicional de la venganza, el pueblo se apiñaba desde temprano frente al municipio.

Nunca se congregaba mayor número de personas. Los chiquillos corrían de una a otra parte de la calle. Los huasos alineaban sus caballos hasta la plaza, y las mujeres, todas las mujeres del pueblo,

enmantadas e inmóviles, repasaban las cuentas de sus rosarios.

A una hora dada, se alzaba el grito unánime:

—¡Ya viene el carro!

Entonces se producía el gran silencio acostumbrado y anual.

Casi perdido en el camino aparecía un pequeño carro sin toldo, tirado por el asno del municipio.

El tal asno era el personaje más desocupado de la aldea. Iba de una calle a otra comiendo hierbas. No ocasionaba gasto ni prestaba ningún servicio regular.

Para que el sacrificio se verificase protocolarmente, había que uncirlo desde el alba. Al principio se entregaba a una pateadura delirante; pero como romper las varas no era empresa fácil, optaba por echarse al suelo y quedar petrificado.

El gañán encargado de conducirlo, desde ese instante, comenzaba a garrotearlo con la mayor constancia. Al mismo tiempo le gritaba las más candentes injurias.

Ambos medios eran inútiles. El asno permanecía sordo e insensible. Al cabo de una hora llegaba el peón al más absoluto agotamiento físico e intelectual; no podía agregar un garrotazo más ni proferir otra injuria. El asno triunfaba.

Y, como no carecía de cierta generosidad, apenas su enemigo yacía con una mano sobre la otra, se enderezaba y, filosóficamente, avanzaba contra la muchedumbre.

Su sometimiento era condicional. El conductor no podía privarlo del placer de ir devorando las hierbas que encontrase a lo largo del callejón. La marcha era lenta y accidentada.

Además, cuando llegaba al primer grupo de personas, éstas debían callarse, porque no gustaba del bullicio.

Una vez que arribaba al municipio, ponían a su disposición un saco de pasto y le entrapaban las orejas para que no estropease la segunda jornada.

—Si parece persona-decían las viejas de Alhué, mirando con insistencia al asno.

Creían, desde el fondo de sus corazones recelosos, que no era un simple animal de carne y hueso, sino el diablo disfrazado.

En otra época, ¡la maldad no estaba tan difundida entonces! Satanás adoptaba la forma de un asno y se iba a pacer en las plazas. Los niños se entusiasmaban viendo un asno tan bonito. Y, en cuanto le

perdían el miedo, se turnaban para usarlo de corcel. Ocurría, ¡el diablo no esperaba sino eso!, que apenas tenía un niño sobre las ancas, empezaba a crecer... y crecía y crecía hasta hacerse humo con su preciosa carga.

Pero las dudas sobre la doble personalidad del jumento no llegaban a mover el ánimo de la juventud. Era un antiguo vecino del pueblo. Siempre había observado idéntica conducta. Vivía retirado como un viejo misántropo, sin molestar a nadie. Era sólo un asno. Y nada más.

—Así será; pero a nosotras nadie nos quita de la cabeza que...-decían las ancianas. Y fieles a esa doctrina, cuando encontraban al asno en su camino, si no podían darle una pedrada, se conformaban con hacerle la señal de la cruz.

Por inclinación natural, y para estar a cubierto de las pasiones seniles, el asno no abandonaba los alrededores del cementerio. Así podía ir juntando un año con otro sobre su invulnerable esqueleto.

Las solteronas de Alhué confeccionaban un Judas con trapos y paja de arroz y le vestían con prendas que ya nadie usaba. En la parte donde es natural tener la cara, poníanle una máscara o le indicaban el rostro con hilo rojo. Así conseguían darle expresión de ebrio incorregible y de pícaro auténtico.

Ese año, cerca de las nueve, Judas fue instalado en el carro. Para que el pueblo le viese, atáronle la cintura con una cuerda y cada punta de ésta fue amarrada en las barandas.

Iba vestido como burgués de grabado: levitón, sombrero de copa y cuello bajo. Su fisonomía, sin embargo, era jovial. De su mano derecha pendía un saquito de tela transparente. Cuando saltaba el carro, sonaban las monedas del saquito.

El vecindario, una mancha de viejas, avanzaba oprimido contra los flancos del carro. Seguía luego la chiquillería suelta y bulliciosa. Y cerrando la procesión venían unos cincuenta huasos formidables en sus caballos alazanes, negros o tordillos. Sus mantas y bonetes coloreaban la calle.

Eran las mujeres quienes primero llegaban a la violencia. Las de más tímida índole mostraban el monigote a sus chicos y les ponían en antecedentes.

—Ese sinvergüenza que va ahí, vendió al Señor. Lo entregó a los judíos para que le matasen. Es un perverso...; pero ahora todo lo pagará por junto. La plata que lleva en el saquito es la que le dieron por el Señor . . . ¡Míralo!

Otras más vehementes tomábanse del carro para no quedar rezagadas y le dirigían discursos injuriosísimos. Los muchachones le lanzaban piedras.

Las espaldas del Iscariote se hundían con los golpes y sus piernas bailaban; pero su rostro, acaso cínico, manteníase quieto. Sus ojos miraban con mirada absoluta la horca alzada ,en el centro de la rústica plaza.

En un instante más no tendría siquiera la satisfacción de ver. Antes de hundirse en la zona oscura quería gozar recibiendo todo el espacio que cupiera en sus pupilas.

Se oían juramentos y risotadas bestiales. Los hombres de la multitud estaban teñidos de algo cruel y cobarde. Sentíanse poseídos por la voluptuosidad del suplicio ajeno y hubieran pagado por estrujar con sus manos el corazón de Judas, aunque el Judas presente no era sino una representación de aquel que por propia voluntad se ahorcó en Galilea.

Cuando el carro se detuvo en la plaza, la gente se acomodó en torno de la horca con jubiloso apresuramiento. Nadie quería perder un solo detalle. Unos se frotaban las manos. Otros se saboreaban como si tuviesen los labios impregnados de sangre.

Judas Iscariote, ya completamente maltrecho, fue bajado por dos peones y puesto en la horca. Mientras anudaban la cuerda a su cuello de trapo, el sacristán lo empapaba con parafina desde la cabeza a los pies.

Cuando las extremidades del monigote quedaron oscilando en el vacío, el mismo servidor del Señor le aplicó un fósforo.

El tranquilo viento de esa mañana admirable se asocio a la conmemoración de la venganza. Con sus invisibles manos iba imprimiendo un ridículo vaivén al ajusticiado. Más que un suplicio parecía una prueba de acrobacia. Se oían abiertas risotadas. La multitud...

Primero desaparecieron las piernas. Después la llama se hincó en el vientre y fue calcinándolo trozo a trozo.

Judas Iscariote, el triste y atribulado Judas, daba la sensación de estar atacado por una risa muda, apretada, invencible.

Parecía no sospechar lo que en verdad estaba ocurriendo. Con su medio cuerpo se balanceaba como uno de tantos equilibristas. Cada vez hacía menos bulto. De pronto no se vio más que su cabeza, y luego la cuerda osciló sola...

Entonces los aldeanos, con súbita presteza, cayeron sobre las monedas que, ennegrecidas, yacían en el suelo.



## ALISTE, EL SEPULTURERO

**E**l viejo Aliste tenía, a la derecha de su casa, un pedazo de naturaleza casi virgen y, un poco más allá, la canción permanente del río. Buena compensación al fin y al cabo.

No sembraba, no pescaba, no hacía casas. Ni siquiera tenía hijos. Su oficio era enterrar a los que voluntaria o inadvertidamente morían. Era poco querido, porque su presencia evocaba recuerdos tristes y sugería certidumbres atroces. Pero los hombres que no habían echado raíz en la vida, tomaban con él una copa.

Su estatura era regular. Era más viejo que muchos. Tenía enmarcado el rostro entre su cabellera y su barba frondosa. Si disponía de un dócil auditorio, hablaba con ardor. Detrás de su lengua dormían setenta años de paisajes, ruidos, leyendas y meditaciones. Y despertaban al formarse en torno suyo un círculo de orejas pacientes.

Cuando alguien se ponía a dormir sin término, los deudos golpeaban la puerta de Aliste. Cubríase entonces con su delantal de amplísima cartera, hacía entrar en ella la punta de su barba, y el serrucho gruñía durante una tarde. Después sonaba el martillo. Más tarde la brocha manchaba de oscuro el ataúd. Adiós.

—¡Qué barba más notable tiene usted !—solían decirle los afuerinos.

—Sí... Así es—respondía—. Si Dios le da a uno pelos, no es seguramente para rapárselos.

Este diálogo, igual siempre, venía repitiéndose desde la guerra con Perú.

La noche le encontraba en la cantina de don Nazario. Discurría allí sobre las bellezas del cementerio. No creía que sólo fuese el sitio espantable donde uno se pudre y acaba. De ningún modo. Allí se está en paz y se descansa.

Los árboles absorben los rayos del sol y proyectan sobre las tumbas su sombra tibia. Cuando emigra la luz, el río incansable atenúa los rumores para que los sapos eleven su coro virgen y extraño.

Además, los muertos no están condenados a yacer en sus ataúdes. Ellos no participan en los afanes del pueblo; pero no por eso lo olvidan.

Cuando los vivos están durmiendo, los difuntos se cubren con sus túnicas blancas y van por las

calles visitando a sus parientes. Entran donde más les place, y ven y se vuelven.

Si quisieran, podrían aguardar el Día del Juicio con una mano sobre la otra, así como los que han terminado su quehacer y descansan. Pero, aunque han pagado su dita, velan por los suyos y hasta se empeñan en mostrarles el camino. Nada consiguen al fin.

Los pobres vivos han nacido para vivir a oscuras y no hacen más que ofender al Señor. Creen, cuando un finado los carga, que necesita misa. Es para reírse, porque esa manera de entender sólo aprovecha a los curas.

Si la gente fuese menos pasada por agua, nadie iría al Purgatorio ni al Infierno. Con no matar, robar, ni engañar, se estaría al otro lado. Pero, qué le vamos a hacer... Cada cual llena bien su plana sólo cuando la suerte le acompaña. Ahí tienen a don Manuel Albornoz. Ese viejecito vivía como se debe. Se habría ido a la Gloria de un viaje. Era cuestión de esperar. Empero lo matan y se saca la rifa, porque llega sin dilación. Feliz él que está libre de penurias y cuidados.

En cambio, los desgraciados que le dieron el bajo por una friolera, estarán en la cárcel hasta que les salgan canas verdes. ¡ Hay que ver!

Ese «hay que ver» era el puente por donde su discurso se iba del asunto.

Los peones de terrosa piel, los artesanos lerdos y los arrieros de expresión astuta, todo ese haz de individuos que no puede asociar sino objetos, vivía en la penumbra de «El Tropezón» un instante de alba espiritual.

Y don Nazario... Hay que ver. Don Nazario estaba, tras el mostrador, casi yerto, mirando y oyendo desde la altura, navegando entre las palabras, y arrobado como los moradores del Paraíso de Brahma. Hay que ver.

Se dejaba conducir por la generosidad hasta el punto de vender el aguardiente al costo.

La tertulia era numerosa. El mismo Tristán venía a matar el gusano acaso para olvidar a los malignos espíritus que le corrían los entierros. Los demás llenaban los huecos, servían de resonancia. Agradaba verlos oscilar en la penumbra.

—Dígame, Aliste, ¿de dónde saca usted tantas cosas?—preguntaba el cazador.

—Yo mismo no lo sé bien ... Me figuro que en la cabeza tengo una bolsa, pues basta que diga una palabra para que las demás vayan cayendo sin remedio, casi contra mi voluntad. Es cierto que cuando uno larga cuanto se le viene a la cabeza, se le para la lengua sin forzamiento.

Y en cada punto aparte, Aliste purificaba su voz vaciando una copa de aguardiente.

Donde abría camino propio era en la calificación de los fenómenos. Las ideas y las figuras, la realidad y la fantasía ocupaban el vasto, pero único plano de su cerebro. Hablaba de la trilla y el Infierno como de cosas próximas y convergentes.

El aguardiente que don Nazario olvidaba cobrarle, y su propio discurso, le producían una pesada embriaguez. Echaba las piernas al camino y se iba a su casa caminando de un lado a otro, como si el centro del horizonte se moviera.

En las noches cerradas, cuando el contorno era sólo una masa de sombra blanda y flotante, su cuerpo perdía la consistencia y la sensibilidad. Daba un paso, y el pie se demoraba casi infinitamente en alcanzar la tierra. El suelo se algonaba.

Pero más lamentable aún era el trayecto por la vereda del bosque. Tenía que inclinar su cabeza para evitar que las manos de los árboles le tirasen los cabellos.

Costábale precisar, transcurrido cierto tiempo, si se había detenido o seguía la marcha. Sentía inmenso fastidio.

Cuando Aliste bordeaba ese punto de su perplejidad, yacía en el camino formando un haz con la tierra y la infinita sombra nocturna.

El pobre viejo, sin sospecharlo, dejaba su cuerpo ahí tendido, y seguía avanzando en espíritu. Pero no arribaba a su destino. Consolábase pensando que las calles, de día, son más cortas. En intención proseguía la marcha. Mas su casa no aparecía. Era como si todas las calles se alineasen unas tras otras ante sus cansados pies. ¡Qué contrariedad más grande!

Por fin, y este fin demoraba en producirse, caía su mano sobre el picaporte... ¡Qué júbilo el suyo! Con sólo cargar el puño, la puerta se abriría rechinando.

Pero la puerta, la vieja puerta de dura madera, no cedía. Y ahí se quedaba tiritando y pensando en todas esas maldiciones que tienen la virtud de mejorar la temperatura.

Antes, a una hora psicológica, la mujer de Aliste venía en su busca. Pero, desde que el Señor quiso llevársela, esa función desapareció.

El viejo permanecía en tierra roncando como en su propio lecho, eso sí que menos seguro. Ahí estaba a merced de las sabandijas del bosque.

Sólo por complacencia del destino, no mordían su cuerpo el reumatismo y la helada.

A veces el asno solía estar cerca y acudía en amparo del ebrio sepulturero. Resoplaba en las barbas del viejo, rebuznaba en su oído y le advertía su presencia palpándole con sus patas. Aliste readquiría el dominio de sus sentidos por la vía del espanto; pero se reponía luego y comenzaba a izarse sobre sus doloridos miembros.

Y esta vez reemprendía la marcha con buen éxito. Caminaba llevando un brazo sobre el cuello del asno. Este se dejaba conducir y soportaba, con paciencia evangélica, las confianzas que Aliste iba vaciando en su oreja.

El pícaro viejo se emocionaba con el asno y declaraba quererlo como si fuera su propio hijo.



## ISMAEL O EL RELOJ DE LA POBREZA

**A**lhué, debo reconocerlo, era un pueblo con individualidad. Pocas moscas, un solo fraile y ningún carabinero. Casi reunía las condiciones deseadas por Baroja para su república de Bidasoa.

Sus habitantes tuvieron el buen gusto de bautizar las calles con nombres útiles, precisos y locamente históricos. Nada de remontarse a la revolución francesa ni al descubrimiento de la imprenta, ni invocar nombres militares, gregorianos o políticos.

La calle donde expendían pan, hierros, verduras y drogas, en vez de llamarse San Pablo o San Diego, denominábase razonablemente Calle del Comercio.

Después, más allá de la plaza, seguía la calle en que se construyó la primera casa de dos pisos y se instaló el primer hotel. Fue, por ambos motivos, Calle del Progreso.

Y la que a mí me albergaba, linda calle con el cementerio al fondo, un alcalde filósofo y lector de Manrique, decidió que se llamase Calle de la Unión.

La del oriente, no había en ella más que una casa perdida, fue Calle de la Libertad. Quien por ella transitaba veía campo, anchura y lejanía. Y así...

Seguía luego la calle de las mujeres que cantan, de las que son alegres y dan su alegría, y con la alegría su cuerpo a todos los hombres; pero como también daban alcohol, los favorecidos con sus dones formaban con frecuencia trifulcas resonantes. Y variando un poco la denominación, los piadosos vecinos llamáronla Calle de Tribulco. Así parecía evocar algo de ascendencia araucana.

Y otra que va y baja con decisión al río, porque en ella tenían su morada tres sujetos que vivían de la pesca, fue Calle de los Pescadores.

Los pescadores habitaban casuchas miserables, raídas como sus propios trajes. Desde la acera, empinándose un poco sobre las vallas, se les veía trabajar: remendaban los puntos débiles de sus redes.

El segundo y el tercero tenían la edad de los hombres sin esperanzas. Cuarenta o cincuenta años. Se parecían demasiado para no ser parientes: sus cabezas estaban cubiertas de mucha cabellera y de un poco de barba. Eran de estatura corriente, de aspecto vulgar. El descuido les cubría de la frente a los pies.

No tenían esperanza.

No se sabía, y nadie se preocupó nunca de saberlo, cómo y para qué el destino quiso reunirlos en este pueblo y en esa calle.

Eran víctimas del otoño lo mismo que las hojas. Nacieron para ser peones de la casualidad y resignarse a lo que viniera. Pertenecían al ejército, al gris ejército de los hombres que malean la atmósfera, achican la tierra y afean la vida sin propósito ni razón.

Ahí estaban remendando las redes. Ahí estuvieron siempre moviendo sus manos en el mismo afán. Y ahí seguirán hasta que Aliste se ponga su delantal de ancha cartera.

¡Aliste, habla con Dios !

Del primero, la gente recordaba el nombre: Ismael.

Miraba desde el fondo de unos ojos grandes. Sus bigotes castaños cubríanle honestamente la boca. Su organismo, casi bien conservado, había dejado atrás más de treinta años. No era enfermizo y cuando solía reír mostraba una dentadura sana, blanquísima, una de esas dentaduras que en la ciudad obligan a la risa constante; pero no era su fuerte la alegría.

Muy industrioso, pescaba, trenzaba el mimbre, pintaba casas, manejaba el serrucho. Siempre había pan en su casa.

¿Por qué trabajaba tanto? Algunos lo hacen para enriquecerse, otros para obsequiar a su mujer lindas cosas. Ismael, empero, no cambiaba de indumentaria, y su mujer se levantaba y se acostaba con el mismo atavío.

Tenía nombre con olor a campo: Clorinda. Era flaca, casi alta, de amarillentas mejillas, de mirada fría y muy habladora.

Si el pescador estaba en el patio remendando sus redes, ella remolineaba en torno con el indispensable pretexto de quehaceres domésticos. No creáis que rondara en silencio. Estaba su boca modelada para las recriminaciones y se consagraba a proferirlas casi de sol a sol.

Vivía agriada. Nunca se le escapaba una palabra alegre. Había suprimido de su existencia la cordialidad. Cuando no podía emprenderlas contra su marido, emprendíalas con su chico, el gato o las gallinas. El parrón mismo no era ajeno a sus invectivas. Según ella, no crecía como un álamo sólo para obstruirle el paso.

—¡Hasta cuándo sufriré, Dios mío!—así comenzaba su monólogo—. Una se embroma teniendo chiqui-

llos y mortificándose en la casa. Y al sinvergüenza no se le da ni pizca... No deja pasar mujer... La tonta trabaja como bestia y el caballero no se preocupa sino de amancebarse con cuanta licenciada encuentra a mano. Pero le ha de salir bien salada... A esa yegua del bajo le van a pedir la casa. ¡Tengo que correrte todas las mujeres! ¿Hasta cuándo quieres verme sufrir. . . ? Te haces el leso y te ríes. Ya veremos quién lo hace con más ganas. Yo me quejaré al Comandante.

Solía Ismael responder con una bofetada.

Ese monólogo bronco, cotidiano, podía considerarse fina y velada alusión a la viuda del bajo. El bajo era un rancho situado en el vértice de la calle con el río. Y lo habitaba la viuda, la más saludable viuda que hayan visto mis ojos. Si su casa hubiera tenido un frontispicio de mediana nobleza, justo habría sido grabar en él este elogio de su dueña: «Tiene un firme tesoro debajo del vestido».

Ismael, a pesar de su actitud taciturna, guiado acaso por el sortilegio de su nombre, había logrado poseer ese tesoro. De tarde en tarde, desaparecía de su casa una semana entera.

Entonces Clorinda, lagrimeando, visitaba a Loreto. Esta le ponía en sus manos un paquetito de polvos. Apenas entraba la noche, Clorinda iba a esparcirlos junto a la casa de la viuda, sin olvidarse de rezar previamente y de encender velas a la Virgen que protege la integridad de los matrimonios.

Su marido regresaba un día cualquiera. Ella lo examinaba. Traía ropa más nueva y más limpia y su fisonomía reflejaba el buen humor.

La roía el despecho; pero, conteniéndose, iniciaba un monólogo no crepitante sino lacrimoso: la soledad, el niño, el sacrificio, su cariño desinteresado, eran la médula de sus abundantes palabras.

El pescador parecía no emocionarse.

—Si estás dispuesta a continuar hablando, me voy.

Clorinda secaba sus lágrimas con el delantal, cerraba la boca y, transformada en otra Clorinda, se iba a la cocina. La merienda de ese día era mejor. En el lecho había ropa limpia. Ismael dialogaba con el chico. Producíanse lapsos de silencio. Y durante algunas horas flotaba en el hogar esa simpatía que le atribuyen los solteros.

Venía la noche, y transcurría.

La mañana empujaba a Ismael hacia el río: a las doce llegaba con sartas de pescados. Se iniciaba en ese instante el crepúsculo de la amistad.

—¿Qué comeremos hoy?—indagaba.

—Papas con luche y... porotos con chuchoca.

—¡Ah!

Esa exclamación terminantísima equivalía también a: maldita sea, me recondenara o peor es morir-se.

—Si no te gusta, ándate al bajo a comer manjares. Ya sé que no tengo suerte para nada, porque . .

Ismael no respondía. Almorzaba la breve lista, se trasladaba al patio y ponía en trabajo sus manos. Las palabras que seguían al porque de su mujer, terribles, candentes y alusivas palabras, no cesaban. Lo perseguían, lo hacían transpirar, le provocaban una especie de borrachera. La sangre se le iba camino de la cabeza. En vano procuraba silbar entre dientes. Nada. Poco a poco entrábale el deseo vehemente de asir a su mujer y pegarle sin lástima, hasta silenciarla; pero no estaba bien alborotar a diario. Además, de no rematarla, el remedio resultaría peor que la enfermedad. Le daría asunto para mover la lengua un mes entero. Se refugiaba en el cuarto de sus compañeros de oficio. Estos lo recibían con una alegórica alusión:

—¿Y cómo va el baile?

—Así, así. ..—respondía haciendo un gesto de enfado.

No se volvía a tocar el asunto.

En cambio, el río entraba en la conversación, y la pieza se llenaba de peces legendarios.

El río de Alhué era modestísimo. A buen paso se venía desde la cordillera dando vueltas. Deteníase en cada curva para responder a los sauces que lo saludaban en nombre de los pueblos. Y seguía con su humilde caudal hasta donde se acaba la tierra.

Aunque su condición no era altiva, lo irritaba la descortesía de algunas aldeas que se retiraban a su paso. Bien se vengaba él, haciendo barrancos y pedregales.

Pero con Alhué era muy distinto. De su frontera corría jubilosamente entre una doble fila de sauces y de espinos. Estos, desde los cerros, le hacían señales con sus ramas desnudas.

Frente al pueblo, se dividía en varios anchurosos brazos.

Apenas comenzaba a quemar el sol, entraban en sus aguas los tres pescadores. Y ahí permanecían muy abiertos de piernas moviendo las redes.

Cuando una hora se iba sin dejar nada en ellas, exclamaban:



—Si a lo menos pescáramos un cuero...

Era un deseo valeroso y hereje.

Interiormente cada uno temblaba a su sola mención. En el último verano había desaparecido un niño bajo las miradas de varias personas. Una voluntad invisible lo asió de los pies y lo sumergió.

Se reunieron los vecinos, rastrearon el río y no hallaron el cadáver. Cuando la noche vino, volvieron a juntarse, y el más baqueano pegó sobre una tabla apropiada una gruesa vela, entró en las aguas y la soltó en el punto menos correntoso.

La tabla fue primero arrastrada al sur. Seguían los vecinos su avance. Después se desvió y entró en la órbita del remanso. Avanzó algunos metros y comenzó a girar sobre sí misma, y de pronto, hecho inverosímil, se hundió verticalmente.

Comprendió la gente, con pavor, que bajo el agua no había sólo cieno. Mas no se pudo rescatar el cadáver.

El pescador más viejo había visto un cuero en el atardecer de un distante verano. Se encontraba en la ribera tomando el fresco. Estaba tendido sobre el péril, y la oscuridad asomaba ya en la lejanía. No había ni un alma en los contornos, porque en Alhué se estaba celebrando entonces una novena.

Su vista vagaba por la gris superficie del río, pero, al cabo de un instante, la línea del agua se rompió. Algo brillante, voluminoso, que tenía la vaga forma de una manta, estaba allí flotando.

Se frotó los ojos para comprobar que no dormía. El animal seguía casi inmóvil. Su anchísima cabeza era tremeluciente y su cuerpo daba la impresión de estar cubierto por una piel brillante y coloreada. Era un feo monstruo, pero resultaba imposible dejar de mirarle.

Clorinda despedía a su marido en las mañanas, con un:

—¡Ojalá te coman los cueros!

Él replicaba:

—No te daré ese gusto sino otro...

En el tren de dos, llegaba el pescadero provisto de grandes canastas.

Tenía, a pesar de su existencia ciudadana, el aspecto lento del campesino. Su rostro, de indio

apenas vaciado en criollo, era terroso. En el labio superior crecíanle unas cuantas cerdas.

En su juventud trabajó la tierra; luego se vino al pueblo y, como todos los que tienen iniciativas, un día partió a la ciudad.

Ahora, transformado en don Manuel Jesús, estrujaba a los tres pescadores.

Estos pasaban media existencia sumidos en el agua pescando peces y posibilidades reumáticas.

Don Manuel Jesús poseía sus mañas. Sabía regatear como vieja. Cuando había menos pejerreyes que truchas, pagaba mal, porque aquéllos eran desabridos y de difícil venta. Si abundaban las truchas grandes, se quejaba también y alegaba que las pequeñas son las más sabrosas. Y si la plétora era de pejerreyes, decía:

—Voy a comprarlos para dárselos de llapa a los buenos clientes.

Cuando Ismael respondía a su mujer que no le daría ese gusto sino otro, traducía a su manera el confuso estado de su ánimo.

Clorinda empezaba a inquietarse y rogaba a Dios que suprimiese los días festivos.

Pero un día era al fin domingo. A pesar del sereno sol, del aire liviano y de la perspectiva azul condiciones adecuadas para la alegría, la casa de Ismael estaba saturada de angustia.

Ismael desaparecía después de almorzar. Se iba en derechura al cementerio. Allí encontraba al viejo Aliste y, golpeándole la espalda, lo invitaba:

—¿Vamos a matar el gusano?

Y se iban.

Vaciaban muchas botellas en el almacén de don Nazario. Pasaba la tarde. Aliste peroraba sobre las ánimas. Decía también que cuando muriese el asno le enterraría en el cementerio sin avisar a nadie.

El vino enrojecía el alma de Ismael. La penumbra recordábale vagamente que algo le faltaba para completar el día. Salía a la calle.

Suena un golpe en la puerta. Clorinda se asusta y abre. El corazón da saltos bajo su pecho. Ismael entra como un garrote. ¡Qué instante ese!

Desde el patio ordena con voz ronca y absoluta:

—¡Trae tu pañuelo de rebozo!

La mujer no replica. Quiere vacilar. Pero obedece.

—¡Tu pollera azul! ¡La otra ropa! ¡El manto! ¡Las enaguas!

—Pero, Ismael... ¿Quieres verme desnuda?

—¡¡¡Las enaguas!!!

En el patio se van acumulando las más extrañas prendas femeninas. Acaso toda la reserva de la, en ese instante, pobre mujer.

Ismael, adusto y temible, aguarda con una botella en la mano.

Cuando todos los trapos de la casa están en la pila, impulsado por su alma roja, vacía la botella.

En seguida sube del montón un haz de humo y llamas. ¡Todo es implacablemente consumido!

Llora la mujer.

Grita el niño.

Ismael se duerme en un banco.

Desde arriba miran las frías estrellas.

Un día Ismael me hizo entrar en su cuarto. Estuvo quejándose de su suerte. Después, indicando la pared, me preguntó:

—¿No siente algo?

Escuché.

De la pared se desprendía un ruido leve, acompasado, comparable sólo al tic-tac del reloj.

—Pues bien-agregó—: es el reloj de la pobreza... Cuando se oye en una casa, los que en ella viven están como maldecidos. Van siempre para abajo . . .





©PROGRAMA DE COMUNICACIÓN E INFORMÁTICA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
UNIVERSIDAD DE CHILE  
MAYO 1997